

SITUACIÓN DEL HUMANISMO

I

Desde su origen, el Humanismo constituyó un cuerpo de doctrina coherente. El intento fue —y continúa siendo— en un sentido amplio, una respuesta a la crisis de civilización que aparece la liquidación del individualismo antropocéntrico de la edad burguesa.

El Humanismo entrevió los síntomas de descomposición en la sociedad argentina; y el primer compromiso vivido demostró que el problema no consistía en reemplazar las contradicciones de la edad anterior por el totalitarismo o el colectivismo de una colmena, sino por un estilo de vida personalista y comunitario que diera satisfacción a las aspiraciones y necesidades sociales del hombre.

Así, con vocación de bien común, se abrió el camino.

En 1880 la situación exigía heroicidad. En la vieja Federación Universitaria de Buenos Aires el Humanismo dio su testimonio con una generación que habló otro lenguaje y enfrentó una realidad con ideas diferentes. Desde entonces nuestros principios conculgan con la acción.

II

Newman escribía que la Universidad es un lugar donde se enseña el conocimiento universal. "Cualquiera que sea la razón original, por lo demás desconocida, por lo que haya sido adoptada, yo no hago sino reconocer el sentido reconocido, el sentido popular del término, cuando digo que una universidad debería enseñar el conocimiento universal".

— Claro está que el conocimiento universal no se da con una visión paralizada del hombre. Este es nuestro objetivo esencial: una educación integral para un humanismo integral que comprenda la condición del hombre como ser histórico y encar-

nado, cuya plenitud se encuentra en la vocación de trascendencia que dimana de su propia naturaleza.

El hombre, son palabras de Mounier, es la única realidad del universo que es propiamente comunicable, que es hacia el prójimo y aún en el prójimo, hacia el mundo y aún en el mundo.

Esta perspectiva hacia la realidad, hace de la comunión con Dios, la comunión con el prójimo y con el mundo, volcando el proceso histórico —que es la historia de nuestra naturaleza, cuyo espíritu le confiere el terrible privilegio de la libertad— hacia la gran revolución comunitaria de la caridad y de la justicia.

III

La Universidad argentina es hoy una realidad absolutamente desconectada de cualquier experiencia comunitaria. El predominio de sucesivas corrientes ideológicas la ha transformado en un grupo de conquista del poder político, esquematizando en su interés individualista, la comunidad en la que debería nutrirse.

1918 señala el nacimiento de un movimiento histórico, sano en su origen, sometido a una evolución, a un desarrollo ideológico inspirado en la mentalidad de quienes detentan su conducción.

Pero dentro de esta diversificación hay una intuición: el mito de la Reforma universitaria que asimila cualquier principio de fundamentación. Ahora bien; lo que hoy es propio de la Reforma es una adhesión, generalmente de tipo emotivo, a ese mito y no una formulación doctrinaria coherente.

Nuestro intento no es insistir en las causas reales que pudieron legitimar la Reforma del 18. Las damos como valederas.

Lo que es evidente, es la identidad entre la Reforma y la situación de los estudiantes universitarios; porque, mientras persistan las condiciones de indiferencia que inutilizan cualquier esfuerzo intelectual común hacia un objeto también común de amor y de verdad como es, en suma, la ley del conocimiento humano, la Reforma continuará con su predominio.

Sería pecar de ingenuos si negáramos que la Reforma está sometida a una realidad empírica, y que ésta simplemente exige el mantenimiento de las actuales estructuras.

La estructura demanda, para su permanencia en el orden social, ciertas cualidades básicas que la limiten y la definan. La cualidad básica del elemento humano de nuestra Universidad

está determinada por la ley del mínimo esfuerzo, y cualquier análisis demostraría que no existe una presión fuerte, ordenada a cambiar este espíritu adormecido.

Entonces el enfrentamiento se plantea entre los que quieren continuar con el estado actual de cosas y quienes orientan reformas concretas y efectivas.

Por extraño que parezca, la Reforma es un movimiento substancialmente conservador, aún cuando en su programa presente un sistema revolucionario o progresista, la realidad última que viene a condicionarlo es muy diferente. En 1918 formuló varios enunciados que consideró esenciales para conformar la universidad ideal. Hoy asistimos a su aplicación práctica. Ya no quedan a la Reforma más postulados fundamentales por concretar; aferrándose entonces, en afán de supervivencia a planteos deméritos que desplazan los ideales de ayer; la autonomía universitaria ha cedido su lugar a los exámenes mensuales.

Los nuevos problemas que han surgido en nuestra Universidad de 1959, no hallan eco en las respuestas de 1918: de aquí su oposición a todo lo que signifique un avance con respecto a los principios fossilizados de su universidad ideal; su conservadurismo que rechaza de plano toda renovación prescindente de los esquemas que son razón de su supervivencia.

Así y todo se produce el hecho de que los autores —el caso de Cossío, Julio V. González, D. Roca, Sanguinetti, Sánchez Viámonte, Nicholson, y aun Durelli— se hayan valido de ella para interpretaciones diferentes. Sin embargo, en este momento histórico ha quedado demostrado que la síntesis laicista-liberal está perimida, y que una respuesta universal que dé sentido a la intuición solidaria del hombre y a su anhelo de dominación cósmica como es la respuesta marxista, está nutriendo *síceros* vacíos que, para esta ideología, no pueden ser desperdiciados.

IV

La realidad, en la que el humanismo está comprendido, no puede ser más resistente.

Se olvida la Universidad del hombre hasta el extremo de que la técnica de la propaganda, o sea el contagio sensitivo propio de una sociedad de masas, ahoga la búsqueda del universo de la inteligencia.

La mentalidad, siempre uniforme, impide el encuentro entre la libertad y la responsabilidad. ¿Y qué será de esta libertad herida que no crea ni madura los frutos del conocimiento, ni or-

dena nuestra razón hacia el misterio de la verdad que rebosa y conmueve la indiferencia intelectual? Es una pregunta que parece angustiarnos y, sin embargo, no es así.

Porque, mientras exista una conciencia permanente que compruebe el fracaso de cuarenta años de prédica reformista y vislumbre una comunidad estudiantil que testimonee el mundo en que vive y se desarrolla, y que esta misma conciencia lleve en sí un profundo cambio de mentalidad en el cual la libertad y la responsabilidad no sean términos antitéticos, sino que constituyan el comienzo de una universidad que construya la ciudad del mañana en un presente en crisis, se está manifestando una posibilidad humanista no aferrada a ningún concepto muerto.

La solución consiste en una revolución que implique un cambio en la mentalidad del universitario, haciéndole comprender definitivamente que su libertad le obliga a optar por una responsabilidad, constituyéndose así en el sujeto que transforme nuestras condiciones actuales.

De otra manera un triunfo electoral sería inútil. Significaría repetir, sin pretender una identidad en los términos, la pregunta de un sociólogo francés contemporáneo: "¿Qué importa abatir a Hitler si los mitos hitleristas han conquistado el mundo? Ningún utilitarismo, ningún pragmatismo, prevalecerá contra esta evidencia".

Sin un contenido substancial la salida no tendría sentido. Maritain, tres años antes que Europa se embarcara en una guerra total, anunció el medio: "Es necesario un humanismo desprendido y consciente de sí mismo, que conduzca al hombre al sacrificio y a una grandeza verdaderamente sobrehumana; porque entonces el dolor humano abre los ojos y es soportado con amor, no en la renuncia a la alegría, sino en una mayor sed y desbordamiento de alegría".

CARLOS A. CASTILLA - NATALIO BOTANA